



Dios y el Hombre en la poesía de Octavio Paz

Rodrigo Pereyra
Texas Tech University

Hipertexto

De Octavio Paz conocemos la mayoría de los aspectos destacados de su vida y de su actividad intelectual. Gran parte de los estudios dedicados a la obra de Paz se han concentrado en sus aproximaciones teóricas teniendo como trasfondo aspectos biográficos de su vida; pensemos en los estudios de González, Santí, Scharer-Nussberger y Vizcaíno. Sin embargo, me parece que el entendimiento de su obra se vería enriquecido si nos adentramos un poco más a los aspectos de su sentir y pensar en cuanto a Dios y al Hombre. Esta revelación nos la van a ofrecer sus obras, en particular su poesía; es ahí, me parece, donde podemos ver las inquietudes de Paz como hombre y su enfrentamiento y cuestionamiento a Dios, la Iglesia y el Hombre. Su poesía y sus ensayos son un itinerario tan variable como increíble en donde va vertiendo sus experiencias, sus reflexiones de poeta y pensador. Cada verso en sus poemas tienen un trasfondo ideológico, el suyo propio. Paz es un poeta que medita seriamente su obra y piensa en temas metafísicos, temas que van más allá de lo inmediato. Es, como ya lo han definido antes, “un poeta en búsqueda.” En *El laberinto de la soledad* nos dice, “...a veces una máscara y otras una súbita determinación por buscarnos, un repentino abrirnos el pecho para encontrar nuestra voz más secreta” (151). O en *Puertas al campo*, “el hombre es un enigma que la poesía, en su misma contradicción, revela: la paradoja y agudeza corresponden a la complejidad real del hombre” (27).

En diciembre de 1990 se le confiere el Premio Nobel de Literatura. Su fama se multiplica tanto en los ámbitos culturales de su país como en los del extranjero. Sin embargo, su inquietud filosófica-intelectual está latente desde muy temprana edad. Su abuelo paterno, D. Ireneo Paz, también fue escritor además de ser un político importante durante el régimen de Porfirio Díaz. Gracias a la inquietud intelectual con la que vivía en casa, pudo encontrar en la biblioteca familiar los autores con mayor influencia liberal e ilustrada, que habrían de guiarlo en cuanto a la filosofía y la literatura, autores principalmente europeos, Víctor Hugo, Baudelaire, Rousseau, Maupassant, Proust, Joyce, etc. Pero es en su juventud cuando recibe la influencia del

Existencialismo, y sigue muy de cerca la obra de su antecesor, Søren Kierkegaard, y a los exponentes más destacados, los filósofos alemanes Martin Heidegger y Karl Jaspers, y los filósofos franceses Jean Paul Sartre, Gabriel Marcel, Simone de Beauvoir y Maurice Merleau-Ponty. Gracias a la ayuda de la Fundación Guggenheim puede viajar a Berkeley en 1944 y es ahí donde trata muy de cerca a E. E. Cummings, Jorge Guillén, William Carlos Williams y a Robert Frost. Ya en el servicio diplomático en 1945 y establecido en Francia, hace más estrecha su amistad con Benjamin Péret, André Breton, Henri Michaux además de otros poetas surrealistas. Con la influencia de estas amistades y con las corrientes filosóficas tanto de oriente como de occidente continúa escribiendo su poesía para publicarla luego en México. En 1951 publica *Águila o sol*, en 1957 publica *Piedra de Sol*, en 1962 publica *Libertad bajo palabra y Salamandra* y en 1969 aparece *Ladera este*. Pero es la evolución de su pensamiento lo que lo lleva a analizar su concepción de Dios. Por las influencias marcadas por las filosofías existencialistas, es el agnosticismo lo que le hace pensar en un dios que se olvida del hombre y de su mundo creado. Un dios que según él, se ha olvidado de su creación y hace a un lado las penas y los sufrimientos de sus creaturas. En su poema “Cuarto de hotel” escribe:

No nos espera Dios al fin de la semana.
Duerme, no lo despiertan nuestros gritos.
Sólo el silencio lo despierta.
Cuando se calle todo y ya no canten
la sangre, los relojes, las estrellas,
Dios abrirá los ojos
y al reino de su nada volveremos

Para buscar a Dios, para pensar en qué términos habría de entender su propia existencia y la existencia de un dios, Paz habrá de meditar en todo lo que rodea al hombre, todo lo que le da vida, el tiempo donde se mueve, la soledad con la que a veces se alimenta, el dolor que ha alimentado su angustia por encontrar la hermandad con otros, además de pensar en la muerte que entiende como una prolongación de la vida misma. Y es, como explica Aguilar Mora en *La divina pareja*, la preocupación de Paz por encontrar un sentido de Identidad a la conciencia o Idea en cuanto a aquello que está fuera de la historia, aquello que Paz llama el Otro (135). La búsqueda de un sentido a su conciencia temporal para entender aquello que ha acompañado al hombre durante toda su existencia. Es como si Paz no sólo se limitara a dialogar con filosofías o con los pensamientos de poetas ya clásicos, como si esto fuera poco. Paz se hace acompañar en su búsqueda por lo eterno—aquello o Aquél a quien a veces siente efímero y a lo que él llama el Otro—por esos mismos hombres y mujeres poetas que también sienten la necesidad de buscar algo que sea más trascendente a una simple expresión artística. Un claro ejemplo de esto es ese diálogo trascendental y metafísico que siempre llevó con Sor Juana. Tal como sugiere Margo Glantz, después de estudiar y conocer a fondo la obra de aquella décima musa, Paz hace como acompañarse por ella misma en su búsqueda por el significado del Amor, del Hombre, o de Dios. Sin duda alguna en *Las trampas de la fe*, su última obra de máxima trascendencia y publicada en 1982, encontramos, además de un estudio completo de la vida y obra de Sor Juana Inés de la Cruz, un enfrentamiento con su propia fe, como si lo que

descubría en Sor Juana lo veía en sí mismo. Y todo para lograr llegar a la *otra orilla* y entender mejor su mundo, su vida y entender mejor a Dios.

En cuanto al tiempo, Paz piensa en la existencia humana y en su fugacidad. El tiempo le obsesiona; le angustia la idea de un presente que se acaba. Es algo que acaba con la existencia del poeta. He aquí dos ejemplos.

El día es breve la hora inmensa
hora sin mí yo con su pena
la hora pasa sin pasar
y en mí se fuga y se encadena

(“Apremio”)

Nunca sabemos
si entramos o salimos.
Yo, sin moverme,
también busco –no en mi camino:
el rastro de los pasos
que por años diezmados me han traído
a ese instante sin nombre, sin cara.

(“Ejercicio Preparatorio-Meditación”)

Es tanta la angustia que sufre, que a veces siente al pensar en el tiempo y la influencia que éste tiene con el hombre, que parece dialogar con él, enfrentarse al él. Es ese continuo diálogo, según Santí, lo que lo lleva a reflexionar y a sintetizar tanto en sus textos críticos como en su poesía todo lo que va descubriendo. Es ese diálogo metafísico lo que busca y lo que también invita a sus lectores a hacer. Reflexionando en su propia obra, hace una invitación a sus lectores a que cuestionen y profundicen en aquellas ideas que pudieran encontrar: Dejo al tiempo mis obras; al dispersarlas con manos distraídas, tal vez deje caer, en la memoria de algunos lectores, semillas fortuitas, un poema o dos, una reflexión, un apunte (*Obras completas* 15). Su única salida para aquello que él mismo va descubriendo en sus reflexiones es la escritura, la poesía, sólo así puede librar cada diálogo convertido en batalla.

Pido
no la iluminación:
abrir los ojos,
mirar, tocar al mundo
con mirada de sol que se retira;
pido ser la quietud del vértigo,
la conciencia del tiempo
apenas lo que dure un parpadeo
del ánimo sitiada.

(“Deprecación”)

Yo no escribo para matar al tiempo
ni para revivirlo
escribo para que me viva y me reviva

(“Escribir y decir”)

hay que agitar la sonaja de las rimas para engañar al tiempo y
despertar al alma

(“La casa de la mirada”)

Otra constante en su obra es la idea de la soledad y el dolor. Guarda de la vida una concepción de vacío, de soledad, y está en constante diálogo y lucha con ella y con el dolor. Un existencialismo que lo lleva a una angustia y que le hace pensar de la vida como un lugar inútil. En su ensayo *Palabra y creación* escribe: El mundo se abre: es un abismo, un inmenso bostezo; el mundo—la mesa, la pared, el vaso, los rostros recordados—se cierra y se convierte en un mundo sin fisuras. En ambos casos, el poeta se queda solo, sin mundo en qué apoyarse (*Obras completas* 215). En el poema “Repeticiones” escribe:

el día es estéril la noche estéril el dolor estéril
la soledad promiscua el mundo despoblado
la sala de espera en donde ya no hay nadie
camino andando y desandando
la vida se ha ido sin volver el rostro

En su poesía más marcada por el dolor, Paz vuelve una y otra vez a la idea del vacío, a la idea de la nostalgia. La idea de la muerte es desesperanzadora, sin trascendencia.

¿qué soy sino la cima en que me abismo,
y qué, si no el no ser, lo que me puebla?

El espejo que soy me deshabela;
un caer en mí mismo inacabable
al horror de no ser me precipita.

Y nada queda, sino el goce impío
de la razón, cayendo en la inefable
y helada intimidad de su vacío.

(“La caída”)

El saberse en un tiempo finito y el haber experimentado el dolor, piensa en la experiencia de la muerte. Para Paz, la muerte es una tradición heredada que gira en torno a la poética y cultura mexicana. Son los mismos aspectos históricos, en especial aquellos momentos de la creación del México moderno, los que hacen de su poesía una experiencia cuasi religiosa (Alvarez 21). El mismo Paz afirma que para los antiguos aztecas la muerte estaba íntimamente ligada a la experiencia de la vida. De ahí que a lo largo de toda la experiencia cultural del pueblo mexicano, la vida se prolongue en la muerte. “Para los antiguos mexicanos la oposición entre la muerte y la vida no era tan absoluta como para nosotros. La vida se prolongaba en la muerte. Y a la inversa, la vida no tenía función más alta que desembocar en la muerte, su contrario y complemento” (*El laberinto...* 56-57). Sabemos que para el siglo XIX las ideas materialistas y científicas perturbaron la seguridad cristiana de la muerte, llevando a los poetas de la época a abogar a veces por una visión agnóstica de esas experiencias. Para el siglo XX la angustia de la muerte forma parte de una honda búsqueda filosófica acerca de la existencia del hombre y su significado y otra vez los poetas dan expresión

literaria a esa penetración dolorosa en la conciencia humana. Paz no se escapa de esa búsqueda ni de la experiencia de la muerte y la define entrelazada con la vida. En su “Elegía a un compañero muerto en el frente de Aragón” escribe:

¡Ciega batalla de alusiones,
oscuro cuerpo a cuerpo con el tiempo sin cuerpo!
Cayó de rostro en rostro,
de año en año,
hasta el primer vagido:
humus de vida,
tierra que se destierra,
cuerpo que se desnace,
vivo para la muerte,
muerto para la vida”

Una y otra vez Paz medita sobre la muerte, desea enfrentarse a esa realidad. No rehúye a la angustia que esto le ocasiona. Piensa en ese lugar desconocido y es quizás sólo en sus poemas donde encuentra una salida esperanzadora aunque sabe bien que en la realidad que existe en ese mundo que él entiende no encuentra nada tras ese fin. Es innegable en él la influencia del existencialismo; recordemos que ha sido Heidegger quien ha dicho que «el hombre es un ser para la muerte» y Sartre que «el hombre es un ser para la nada». Paz escribe acerca de la muerte:

los muertos están fijos en su muerte
y no pueden morir de otra muerte,
intocables, clavados en su gesto,
de su soledad, desde su muerte
sin remedio nos miran sin mirarnos,
su muerte ya es la estatua de su vida,
un siempre estar ya nada para siempre,
cada minuto es nada para siempre
("Piedra de sol")

Fluyen por las llanuras de la noche
nuestros cuerpos: son tiempo que se acaba,
presencia disipada de un abrazo;
pero son infinitos y al tocarlos
nos bañamos en ríos de latidos,
volvemos el perpetuo comienzo
("Regreso")

La experiencia de la muerte, el saberse finito dentro del tiempo, parece llevar a Paz a una postura un tanto materialista de la vida. Sin embargo su inquietud por buscar algo más allá, lo lleva a meditar en lo que él llama el Otro, su concepción de Dios. En el poema “La vida sencilla” Paz nos descubre una de sus primeras posturas de la vida:

y enterrar a los muertos y olvidarlos
como la tierra los olvida: en frutos...
Y que a la hora de mi muerte logre
morir como los hombres y me alcance

el perdón y la vida perdurable
del polvo, de los frutos y del polvo.

En su niñez Paz tuvo una formación cristiana que poco a poco se fue acabando por el ambiente liberal heredado de su padre y de su abuelo. El ambiente que después encontró en París también influyó en que se arraigaran en él las posturas ideales de la época y se declara agnóstico en muchos de sus poemas. El agnosticismo, como sabemos, es una teoría que simplemente suspende el juicio de la existencia de Dios, ve la imposibilidad de su demostración; a diferencia del ateo que niega la existencia de Dios. Paz como agnóstico no encuentra claro la manera de encontrar a Dios.

Es un desierto circular el mundo,
El cielo está cerrado y el infierno vacío.
(“Elegía Ininterrumpida”)

Alcé la cara al cielo,
inmensa piedra de gastadas letras:
nada me revelaron las estrellas
(“Alfabeto”)

Sin embargo, Paz logra tener una evolución en su comprensión de Dios. Como veíamos al comienzo, su agnosticismo lo lleva a una concepción de Dios ajena en todo al Hombre, especialmente a su dolor y sus penas.

No nos espera Dios al fin de la semana.
Duerme, no lo despiertan nuestros gritos.
Sólo el silencio lo despierta.
Cuando se calle todo y ya no canten
la sangre, los relojes, las estrellas,
Dios abrirá los ojos
y al reino de su nada volveremos
(“Cuarto de hotel”)

Su búsqueda de algo divino sigue llevándolo a más cuestionamientos y más angustias. El dios que logra identificar sigue estando en un cielo vacío, sin una identidad propia, apartado de todo hombre. Tiene un marcado estado de inseguridad y de angustia por estar en este mundo.

lo que llamamos Dios, el ser sin nombre,
se contempla en la nada, el ser sin rostro
emerge de sí mismo, sol de soles,
plenitud de presencias y de nombres
(“Piedra de sol”)

En un momento de su vida, después de su estancia en la India, lugar donde recibe una marcada influencia de diversas filosofías orientales, especialmente la budista, vuelve a preocuparse seriamente por buscar a Dios. Su agnosticismo va tornando a una concepción de Dios vaga o confusa pero con un anhelo de encontrarlo. En el poema “Ladera este” descubrimos un interés vivo por encontrar a Dios:

¿Qué nos espera en la otra orilla?
Pasión es tránsito:
La otra orilla está aquí
Luz en el aire sin orillas

Para Paz lo “otro” le atrae, su concepción de Dios, o lo que también llama, “la otra orilla.” Empieza a ver una respuesta al problema de la muerte, un sentido a ese círculo de vida y muerte. En su evolución al respecto de este problema de la muerte piensa que la “otra orilla” es algo que sigue estando en nosotros mismos. Un paso más que tendremos que dar a solas y seguir quedándonos a solas. Para él ese sigue siendo el gran problema del hombre. Escribe en *El arco y la lira*: La experiencia de “la otra orilla” implica un cambio de naturaleza: es un morir y un nacer. Mas la “otra orilla” está en nosotros mismos. Sin movernos, quietos, nos sentimos arrastrados, movidos por un gran viento que nos echa fuera de nosotros. Nos echa fuera y, al mismo tiempo, nos empuja hacia dentro de nosotros (122-123). En cada búsqueda suya sigue presente el cuestionamiento de la temporalidad. Un llegar a “la otra orilla” es una vuelta al presente; Paz no logra encontrar respuesta a la salida que busca. Para él el hombre sigue siendo finito en un mundo oscuro lleno de preguntas y ansiedad. Sin embargo, ese mismo infinito es quien lo crea. En su poema “Hermandad,” quizás el poema más cercano a su deseo de encontrar/dialogar con Dios, escribe:

Soy hombre: duro poco
y es enorme la noche.
Pero miro hacia arriba:
las estrellas me escriben.
Sin entender comprendo:
también soy escritura
y en ese mismo instante
alguien me deletrea.

Este es el poema que más se identifica con Paz, el poeta es un hombre creado, pronunciado. Paz sigue viviendo en un presente continuo pero provisional. Permanece en un continuo agnosticismo donde el hombre regresa continuamente a un vacío. Encuentra en el Otro, o la idea metafísica del cosmos que más le acerca a la concepción de Dios, la mujer, la naturaleza, el arte, el universo, etc., un mejor conocimiento de su propia persona. Es esta experiencia la que lo enriquece y lo va cambiando en cada paso que da de su poesía y en su búsqueda espiritual. Esa experiencia del Otro es la que le brinda un sentido de Unidad. Para Paz su concepción de Dios es su experiencia y entendimiento del Otro; es al Otro a quien ha puesto por encima de todo lo creado, por encima del tiempo y es lo único realmente trascendente. Esta realidad suya es la que lo salva del abandono y la angustia, sólo en su entender filosófico-literario encuentra respuestas.

Conciencia y manos para asir el tiempo
Soy una historia
Una memoria que se inventa
Nunca estoy solo

Hablo siempre contigo
Hablas siempre conmigo
A obscuras voy y planto signos
(“Vrindaban”)

Obras citadas

- Alvarez, Francisco. “Octavio Paz: hacia una metapoética de la modernidad.” *Hispania* 81(1998): 20-30.
- Anderson Imbert, Enrique. *Historia de la cultura hispanoamericana* II. México, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1961.
- Froster, Merlin H. *La muerte en la poesía mexicana*. México: Editorial Diógenes, 1970.
- Glantz, Margo. “Octavio Paz and Sor Juana Inés de la Cruz’s Posthumous Fame.” *Pacific Coast Philology* 28-2 (1993): 129-137.
- Heidegger, Martin. *Ser y Tiempo*. Tr. Jorge Eduardo Rivera. Chile: Ed. Universitaria, 1997.
- Pacheco, José Emilio. *Aproximaciones a Octavio Paz. Descripción de “Piedra de sol”*. México: Editorial Joaquín Mortiz, 1974.
- Paz, Octavio. *El arco y la lira*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica, 1983.
- *Obras completas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- *Obra poética*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- *Puertas al campo*. Barcelona: Seix Barral, 1972.
- *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Phillips, Rachel. *Las estaciones poéticas de Octavio Paz*. México: Fondo de Cultura Económica, 1976.
- Rodríguez Monegal, Emir. “Relectura de *El arco y la lira*.” *Revista Iberoamericana* 74 (1971): 35-46.
- Ruy Sánchez, Alberto. *Una introducción a Octavio Paz*. México: Joaquín Mortiz, 1990.

Santí, Enrico Mario. "Between the Yogi and the Commissar: Octavio Paz and The Bow and the Lyre." Washington: Washington Papers, The Woodrow Wilson Center, 1990.

Sartre, Jean-Paul. *El ser y la nada*. Tr. Juan Valmer. Barcelona: Ed. Altaya, 1993.

Scharer, Nussberger, Maya. *Octavio Paz: Trayectorias y visiones*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.

Vizcaíno, Fernando. *Biografía política de Octavio Paz o la razón ardiente*. Málaga: Algazara, 1993.